



La casa.

The house.

DOI: 10.32870/argos.v9.n23.6a22

María José Peláez Sierra *

Universidad Nacional de Colombia. (COLOMBIA)

CE: mariajop4@gmail.com/ mariajop4@hotmail.com

ID ORCID: 0000-0001-5522-7155

* Periodista y literata de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia (2019). Graduada con Mención de Honor de ambas carreras por su tesis de grado: "Huesos y flores", y con Orden al Mérito académico por ser uno de los mejores promedios de su cohorte. Estudiante de último semestre de la Maestría en Estudios literarios, énfasis investigación, de la Universidad Nacional de Colombia, en la que trabaja el tema de las últimas palabras de los muertos en la literatura y en el testimonio de no ficción. En convenio con la misma universidad fue aceptada como estudiante invitada de la Università di Bologna, Italia, para realizar una estancia de investigación (2S-2021).



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Recepción: 07/09/2021

Revisión: 16/10/2021

Aprobación: 12/11/2021

Resumen:

No hay palabras ni despedidas en la muerte. En este texto-ensamblaje sobre los últimos momentos de una hija con un padre que está muriendo, y que se lleva con él la casa y la piel, se ponen en cuestión los límites entre el relato testimonial y la ficción; entre el recuerdo y el olvido; entre la culpa y el cuidado. Contar, contar y contar, hablar con el muerto, no para revivirlo, sino, precisamente, por la certeza de que ya no existe.

Palabras clave: Últimas palabras. Muerte. Testimonio. Literatura.

Abstract:

There are no words or goodbyes in death. In this text-assembly about the last moments of a daughter with a father who is dying, and who takes the house and the skin with him, the limits between the testimonial story and the fiction are questioned; between memory and oblivion; between guilt and care. To tell, to tell and to tell, to talk to the dead, not to revive him, but precisely because of the certainty that he no longer exists.



Keywords: Last words. Death. Testimony. Literature.

Life is sweet
they say: the language!
–the language
is divorced from their minds,
the language . . the language!
(Williams, 1995, p.12).

“Cuando era pequeño y vivíamos en el campo, mi abuelo me contaba historias sobre el paseante de cadáveres, ¿ha oído usted hablar de eso?”, le pregunta Liao Yiwu al famoso trompetista Li Changgeng, en la provincia china de Sichuan, a lo que él responde: “Sí. Antes existían los denominados paseantes de cadáveres. Solían emprender la búsqueda por la noche y el paseante, con el cadáver detrás, iba andando y vociferando a su paso, de ahí el nombre” (Yiwu, 2012, p.29).

Son ya muchos años desde que leí ese libro de Liao Yiwu. Desde entonces, busco en mis esquinas al paseante de cadáveres que, con su bicicleta, lleva a los cuerpos de un lado a otro, para devolverlos a su lugar de origen, a su infancia, a su mundo conocido. Pero sé ya que en mi mundo, en cambio, no existen los paseantes. Esto es una fosa que se traga todo. No hay retorno para el cadáver. No hay vuelta.

Ahh al paseante..., al paseante también se lo habría tragado la tierra.

Acá, en este montículo de arena, solo queda lo que imaginamos, lo que inventamos del muerto. De lo demás no sabemos nada. Eso aprendí de Katherine. Pero, la verdad, es que de ella tampoco sé nada. Y esta historia es el reconocimiento de eso, de que nadie nos es aprehensible, completable, asible. Quizá, por eso, me conmueve tanto la imagen del paseante, con su intento, casi terco, de devolverle al muerto una raíz, una historia...

A Katherine la vi un par de segundos, antes de que apagara su cámara. Pero me quedó su voz. Y para mí fue suficiente. Lo cubría todo y lo dejaba todo, también, con su silencio. Me contó que era caleña y que, como para *todos*, el mundo había empezado¹ con la pandemia. También ella había estudiado

¹ Dice Gabriel Giorgi sobre este tema en “Después de la salud: la escritura del virus” que “De nuevo, el virus es la medida de ese mundo: no se trata de un mundo “enfermo” por oposición a una “salud” posible, sino de un mundo donde todos los cuerpos están, actual o potencialmente, habitados por el virus —un mundo, por lo tanto, donde la salud no puede ser lo opuesto a la enfermedad sino, por el contrario, “un modo de relación con la enfermedad”—. (2009, p.31) Y no puedo más que pensar, entonces, que el virus hecho realidad —“sacado afuera”, como dice Giorgi— nos hace más evidente lo material, el entorno, el bios.



literatura en Bogotá, pero eso ya nada le decía. “Estoy peleada con la literatura, para la realidad no tiene palabras”.

Y aunque no podía más que estar de acuerdo con ella, paradójica o bobamente, pensé en la literatura. Se me vino de repente *El libro de la fiebre* (2015) de Carmen Martín Gaité, en el que explora la incapacidad del lenguaje para describir los sentimientos y los pensamientos. Dice ella: “sentiré malestar porque lo que queda dicho no es nada de lo que quise decir” (2015, p.232). Y, de pronto, siento que la mudez no llegó con la Torre de Babel. Se nos impuso en la lengua.

A Carmen le llegó la fiebre en 1949, entre un laberinto de delirios e imágenes oníricas, como describe ella. Gran parte de su vida la pasó intentando rescatar esas visiones en la letra. La decepción fue doble: ni eso logró ni el público del momento entendió ese libro surrealista, bello y caótico. Siempre lamentó no tener vehículo disponible para traer el mundo de los sueños al de la vigilia o el de la locura al de la “lucidez”.

También Giuseppe Tartini, en el famoso *Trino del diablo* (1713), se reprochó con frecuencia no acercársele siquiera a la tonada que el diablo le tocó en sueños. Dice Tartini en su diario *Voyage d'un fraçois en Italie* (1765):

Una noche, en el año 1713 soñé que había hecho un pacto con el diablo a cambio de mi alma. Todo salió como yo deseaba: mi nuevo sirviente anticipó todos mis deseos. Entre otras cosas, le di mi violín para ver si podía tocar. ¡Cuán grande fue mi asombro al oír una sonata tan maravillosa y tan hermosa, interpretada con tanto arte e inteligencia, como nunca había pensado ni en mis más intrépidos sueños! Me sentí extasiado, transportado, encantado: mi respiración falló, y desperté. Inmediatamente tomé mi violín con el fin de retener, al menos una parte, la impresión de mi sueño. ¡En vano! La música que yo en ese momento compuse es sin duda la mejor que he escrito, y todavía la llamo el Trino del diablo, pero la diferencia entre ella y aquella que me conmovió es tan grande

En ese sentido, no es en la enfermedad en donde el mundo termina, es en donde empieza, en donde se nos hace presente. De ahí que Giorgi también insista en la idea de que ese develamiento del virus, ese “salir afuera”, socava todo el sentido mismo de lo privado, de lo íntimos, de lo propio y de lo personal. Al enfermo le cuesta reconocer que su enfermedad es suya, “...el virus, aparece en nosotros bajo la figura del huésped o del ocupante: una presencia ajena que irrumpe en la intimidad de lo privado, lo separado, lo individualizado” (2009, p.14). En consecuencia, el enfermo es, ahora, cuerpo tomado y su única forma de curación, de restitución, es una en la que el virus vuelve a ser “potencia”, “posibilidad” y no hecho. En la que el bios regresa al ocultamiento.



que habría destruido mi instrumento y habría dicho adiós a la música para siempre si hubiera tenido que vivir sin el goce que me ofrece (snp)².

Y si pienso en ellos es porque, como dice Katherine, la literatura no nos es suficiente para aprehender la realidad y, parece, por los casos de Carmen y Giuseppe, que tampoco el arte para los sueños, para el delirio. Y, aún así, valen la pena los paseantes de cadáveres, los libritos de la fiebre, las tonadas del diablo, los derroches testimoniales y los instantes de belleza. Vale la pena chuparle al lenguaje cada vestigio para ver si nos devuelve algo de pronto, para entender al fin que, en ese fracaso, se nos juntan, sin saberlo, lo soñado con lo vivido. La escritura no es lo queremos, es solo lo que podemos.

Dos semanas después de que Katherine llegó a Cali, declararon la cuarentena. “También ahí entendí que esta ya no era la única casa de mi papá. A pesar de llevar tantos años separado de mi mamá, me demoré en asumir que él ya estaba aquí y allá, entre nosotras y la novia que había conseguido. Entendí también que esa casa que yo había dejado hace nueve años ya no era, que uno nunca vuelve a la vida, sino a lo que ha cambiado de ella”

Y yo entendí que no sería yo quien definiría tampoco de quién o de qué es de lo que uno se despidе, cuál cuerpo es el que carga o el que deja. El objetivo que yo me había puesto con esta tesis fue socavado por ellas todo el tiempo. Y eso me alegra.

La casa, entonces, como dice Gaston Bachelard (2000) en *La poética del espacio*, era también un cuerpo en descomposición, un cuerpo que deglutía a otro, como Jonás en la ballena. “Un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad. Reimaginamos sin cesar nuestra realidad: distinguir todas esas imágenes sería decir el alma de la casa; sería desarrollar una verdadera psicología de la casa” (2000, p.37). Con los muertos, mueren también los espacios. La vejez de la casa, su cambio, es presagio. “Llegamos a dudar de haber vivido donde hemos vivido. Nuestro pasado está en otra parte y una irrealidad impregna los lugares y los tiempos” (2000, p.68). Y cómo no iba a dudar Katherine de la propia casa, si hacía del papá fantasma, de la niñez ilusión y del presente asfixia. Esa casa en la que ya no tenía una habitación y en la que se movía como una extraña arrastrando el colchón entre los pasillos, parecía casi nueva en su vejez. Vista por primera vez.

² Referencia digital.



En abril llegó su papá. La mamá de Katherine, en cambio, estaba en Bélgica con una de sus hermanas y no había podido devolverse por el cierre de fronteras. “Y, bueno, así iban transcurriendo las cosas, más o menos”, me dice Katherine y añade, “perdona que vaya y vuelva sobre detalles que ahora veo que tal vez no tienen importancia para la historia”. Y le hago una mueca para hacerle saber que su pelea no es tan tajante con la literatura, si todavía piensa con ella cuando me cuenta. Se ríe de vuelta y sigue: “El hecho es que mi papá estuvo aquí con nosotras todo abril. Celebramos el cumpleaños de mi hermana, el más lindo que hayamos tenido. Por nada más especial que, quizá, la coincidencia de saberse el último. Y, pues, como muchas otras personas en el mundo, en la cuarentena celebramos, peleamos, reímos, vivimos, los cuatro, encerrados aquí, en esta casa, que a veces se me hace minúscula y otras se me vuelve a agrandar, como una casa que se llena en sí misma³. Aquí, hablábamos, leíamos, comíamos, aquí, todo”.

Y recuerda Katherine cómo por esos meses apoyaba la piel al marco de la puerta para ver a su papá trabajar por horas con sus herramientas, arreglando cosas de la casa, aquí y allá; yendo y viniendo de un lado a otro con sus carritos de colección entre las manos para reacomodarlos milimétricamente en la estantería, después de horas de limpieza.

El 20 de julio comenzó a sentirse enfermo. Había empezado a trabajar de nuevo en mayo. “Mi papá era técnico electricista y llevaba 35 años en Toyota. La industria automotriz fue una de las primeras en volver a la oficina, incluso en medio del primer pico”, me dice Katherine.

De repente la dejo de escuchar y callo con ella. Nos quedamos así varios minutos, o eso me pareció. No le pido que diga nada. Está bien si permanecemos, yo con mi pantalla negra y ella, quizá, mirando del otro lado cómo me dejo ir. Apago la cámara también, para no afanarla. Mientras tanto, vuelvo sobre mis notas de *Severance*, la novela de Ling Ma, (2018) y pienso mucho en la culpa y en la vergüenza. Antes de

³ Y vuelvo sobre Gastón Bachelard, porque lo he encontrado iluminador para entender, o sentir entender, la forma en que Katherine va narrando a la casa, la casa que muere con el papá y con el relato. La casa que se ensancha y achica, la que va soltando, pero a la que no puede más que describir con lo que el autor llama “valores humanos”. Porque la casa también ha sido tomada, por el recuerdo, por los cuerpos, por las vidas que la han llenado. Se pregunta Bachelard: “esta trasposición del ser de la casa en valores humanos, ¿puede considerarse como una actividad de metáforas? ¿No hay allí más que un lenguaje de imágenes? En su calidad de metáforas, un crítico literario las juzgaría fácilmente excesivas. Por otra parte, un psicólogo positivo reduciría inmediatamente el lenguaje de imágenes a la realidad psicológica de un hombre amurallado en su soledad, lejos de todo socorro humano. Pero la fenomenología de la imaginación no puede contentarse con una reducción que hace de las imágenes medios subalternos de expresión: la fenomenología de la imaginación pide que se vivan directamente las imágenes, que se tomen las imágenes como acontecimientos súbitos de la vida. Cuando la imagen es nueva, el mundo es nuevo (2000, p.59).



que Katherine llegara a este punto, ya me había dicho que su papá sentía todo el tiempo esa culpa, angustia de enfermarlas por volver a trabajar. Sobre todo a ella que sufre de una enfermedad autoinmune.

Recuerdo, entonces, ese comentario por el que Katherine pasó rápidamente y me pongo a transcribir el pasaje en el que una de las pocas sobrevivientes de la novela se da cuenta del privilegio o el horror que es sobrevivir a una pandemia: obligada a sentirse agradecida eternamente, pero también profundamente apenada. Cómo, cómo ese grupo de personas corrientes, incluso insípidas, había sobrevivido a los grandes artistas, deportistas, políticos, líderes de su época. ¿Por qué?, qué clase de enfermedad dejaba a nueve desconocidos, sin ningún mérito, sobrevivir.

Anything was better than what we felt. We had shame, so much shame at being the few survivors. Other survivors, if they existed, must also feel this way. We were ashamed of leaving people behind, of taking our comforts where we could find them, of stealing from those who could not defend themselves. We had known ourselves to be cowards and hypocrites, pernicious liars really, and to find the suspicion confirmed was not a relief but a horror. If the End was Nature's way of punishing us so that we might once again know our place, then yes, we knew it. If it was at all unclear before, it was not now (Ling Ma, 2018, p.6).

Y vuelve la paradoja del testigo de la que habla Beatriz Sarlo (2012): sobrevivir a la enfermedad no es, necesariamente, sobrevivir a la culpa, al perpetuo testimonio, a la sensación de que hay que hablar por quien ha muerto. La culpa es de matar a otro, con el habitante que es el virus⁴, pero también de sobrevivir a él.

⁴ Adolfo Vásquez Rocca, en un texto crítico lindísimo sobre William Burroughs, ["William Burroughs: Literatura ectoplasmoide y mutaciones antropológicas. Del virus del lenguaje a la psicotopografía del texto" (2010)], habla, justamente, de que el lenguaje es también un virus, uno capaz de crear y matar, uno del que el que lo posee no sabe si, como con la enfermedad, es él el que lo controla o al contrario. ¿El lenguaje nos toma o nosotros a él?, "¿somos nosotros los que hacemos el lenguaje o el lenguaje a nosotros?" (snp). Y después de una serie de disgresiones se decide al fin Rocca y dice: "Es un virus porque no ha sido creado por el hombre, sino que lo ha invadido y vive en él como un parásito; y es un virus –y no una bacteria u otro organismo– porque es algo no viviente que, al introducirse en un ser vivo, usurpa las características de la vida: puede reproducir sus cadenas informativas dentro del organismo y luego infectar a otros; puede incluso matar (y quién duda de que el lenguaje mata: después de todo qué es lo que lleva al cuerdo a volverse loco y a ambos al suicidio sino una serie de frases que giran interminablemente en la cabeza y no dejan vivir)" (snp). En la enfermedad virulenta, el lenguaje, con frecuencia, toma la forma del virus, con su carga de culpa y vergüenza, que muere solo cuando también el cuerpo. Lenguaje, enfermedad y cuerpo se contaminan y contaminan, se crecen y achican. Lo toman todo, hasta dejarlo todo también. La muerte del uno, es la del otro.



Estando en esto, Katherine murmuró para hacerme saber que podíamos continuar con la conversación. Le recordé en qué iba, sin hacerle ninguna pregunta específica, pero retomó un poco más adelante la historia, sin ahondar mucho más sobre el tema del trabajo. Tampoco insistí.

Para este punto, a su papá ya le habían hecho la prueba (ocho días más tarde) y ellas ya estaban contagiadas también. “Nos turnábamos entre las tres para cuidarlo, en turnos de ocho horas, pero no era suficiente. Todas estábamos cansadas y ni qué decir de él... la fiebre, el desaliento, la falta de aire, el dolor. La casa enorme y a la vez tan pequeña. Yo entraba a su cuarto, siempre con tapabocas, a llevarle la comida, a hablarle un rato para que no se sintiera tan solo, asustado, pero llegó un punto en que le dije: papi, no te pares más, ya no te pares de la cama. Mantente boca abajo y orina en un tarrito. Porque yo ya lo veía muy mal, pero él era un hombre de 61 años con tres hijas... Nunca logró sentirse cómodo de orinar así, a pesar de que tuvo que hacerlo”.

El día que le hicieron el examen, le tocaba el turno a Katherine. Esa noche, por primera vez, él, un hombre de pocas palabras, le dijo que tenía miedo. Ella, cumpliendo con su rol de cuidadora, como recomendaba Julia Stephen, madre de Virginia Woolf, en *Notes from sick rooms* (2012), con voz firme le dijo: “no, papi, tranquilo, todo va a estar bien. Vamos a estar bien”. Sin embargo, sabía que no estaban bien, que todo se estaba derrumbando de pronto y que estaba viendo entre la ruina; la vida como una ventana borrosa.

Ah la verdad es que ella no había leído a Julia Stephen y poco le importaba el deber casi impasible del cuidador, las reglas, la obligatoriedad de parecer siempre tranquila⁵. Katherine estaba más del lado de

⁵ En este ensayito, que es más bien un listado de recomendaciones e imperativos sobre el deber de las cuidadoras (mujeres, por supuesto, como imponía su época y como Julia adhiere), Julia relega a la cuidadora a un rol casi automático, en el que la contención emocional es indispensable para quien asume el cuidado del enfermo. La salud mental, emocional y física de la cuidadora no tiene importancia. Dice Julia: “One imperative duty of all those in attendance on the sick is that they should be cheerful; not an elaborate, forced cheerfulness, but a quiet brightness which makes their presence a cheer and not an oppression. It may seem difficult to follow this advice, but it is not. Cheerfulness is a habit, and no one should venture to attend the sick who wears a gloomy face. The atmosphere of the sick room should be cheerful and peaceful”. (2012, p.56) Su hija, en cambio, varios años más tarde, pondría en cuestión todo esto, hablando del rol subversivo e indiferente del enfermo y, en muchos casos, de quien lo cuida también. Los códigos sociales, la necesidad de ser útiles y productivos, de trabajar pasan a un segundo plano para el enfermo, quien se convierte en un “deserter”. Dice Virginia:

The ill have dropped out of the army of workers and become deserters. This gives them time to do things normal people can't do, like looking at the clouds or the flowers. And what they find comforting about clouds and flowers is not their sympathy, but their indifference. The ill, unlike the “army of the upright,” recognise Nature's indifference; they know Nature is going to win in the end, when ice will bury the world. What consolation is there for that thought? Organised religion? The idea of Heaven? An alternative, secular idea of Heaven, as invented by the poets? and poets (she jumps



Virginia y hubiera querido desvanecerse, llorar con su papá y decirle que también ella tenía miedo. Quisiera haber tenido sus últimas palabras ahí, en ese momento, y no mentirle. Quisiera haberle dicho que todo estaba mal, que no entendía por qué la tragedia se posaba sobre ellos y les negaba todo atisbo de felicidad, por qué tendrían que ser ellos uno de los casos más que saldrían luego en las noticias con un “En memoria” de por medio. Quisiera haberle dicho que lamentaba que se fuera tan pronto, que esa casa los asfixiara a todos. Que lamentaba y apreciaba su silencio; al mismo tiempo, su capacidad de mirar siempre por el reverso.

Ah pero ellos no saldrían en las noticias...

“La casa el mundo. Todavía lo es. Y como el mundo, a veces tan estrecho, tan enroscado. Nosotros no salimos en ningún lado. La casa, ella fue nuestras noticias, nuestro médico, nuestro psicólogo, nuestras lecturas, nuestras palabras no dichas. Todo. Esta casa que quiero y odio”.

Volvemos al silencio, pero esta vez es corto. De pronto, me confiesa Katherine, volviendo al tema de la culpa: “Pienso mucho qué habría pasado si lo hubiéramos dejado tomarse la Ivermectina⁶, que él tuvo todo el tiempo en el closet. Pero es que mi papá tenía cáncer, cáncer de próstata, y a nosotras nos daba mucho miedo que mezclara medicamentos y que eso hiciera alguna reacción. Por supuesto, sobre esto, tampoco tuvimos asistencia médica. En momentos así uno no sabe ni qué hacer ni cómo hacerlo. A veces uno cree que está haciendo las cosas bien... y..., pues, no, o quién sabe”. Intento decirle algo, hacerle saber que, por supuesto, no creo que tenga la culpa de nada, pero qué sé yo de las cosas complejas, de la vida y la muerte.

Qué podría decirle más que alguna pesadez, como: “leí en un libro”, “tal vez tal autor/a”, “si te acercas a tal idea”, como en efecto hice luego, por balbucear cualquier cosa, sabiéndome vacía, falta de todo. Cuál autor, cuál concepto, cuál nada. Enroscada sobre mí misma, en el atasco de las lecturas, que se me aparecían ahora casi atoradas entre la tráquea y la garganta, callé, callé en medio de la idea. La miré a

lightly on) are what we need when ill, not prose writers. “In illness words seem to possess a mystic quality.” We are attracted to intense lines and phrases, to the incomprehensible, to the texture of sounds (p. XXVIII).

⁶ Para ese momento la OMS no había alertado sobre los peligros de este medicamento en el tratamiento del covid y había mucha especulación sobre su eficacia.



través de la pantalla y esperé a que ella supiera que nada de lo que le había dicho tenía sentido. Su sentimiento era suyo, desconsolador y tenaz, como es con frecuencia la vida⁷.

“A los pocos días inició una construcción en la casa del lado”, me cuenta, siguiendo de largo. El ambiente de la propia, de por sí enrarecido por la fiebre que los acechaba a los cuatro intermitentemente y por el virus que ya no distinguía entre el afuera y el adentro, se puso todavía más pesado con el polvo de cemento que se entraba por las ventanas y las rendijas de las puertas. Intentaron hablar con su vecina, pero ella, en cambio, de culpas no sabía nada y recomendó que resolvieran ellos. “No podía detener su construcción, me dijo”. Así, entonces, decidieron dejar esa casa de soplos y grietas e irse para la de la

⁷ Ante esa realidad, segura, implacable, no es La elegía, como he dicho en páginas anteriores, la que encuentra su camino en los últimos momentos de la vida, es la Despedida, género llano y crudo, la que nos habla, con su tristeza a secas. Irremediabilidad rotunda. Es, como dice Idea Vilariño, en su *Poesía completa* (2016), una lástima la muerte.

Qué lástima

que sea sólo esto
que quede así
no sirva más
esté acabado
venga a parar en esto.

Qué lástima que no

pudiéramos
sirviéramos
que no sepamos ya
que ya no demos más
que estemos ya tan secos.

Qué lástima

qué lástima
estar muertos
faltar
a tan hondo deber
a tan preciada cita
a un amor tan seguro (Vilariño, 2016, p.171)

abuela, que estaba a unos pocos metros, vacía. “Y, así fue: malito, como estaba, nos lo llevamos para la casa de mi abuela. Él no quería irse... Yo te acomodo allá, le dije. Tranquilito papito, yo, y o o o... Esa noche nos quedamos allá y fue la última de mi papá en la casa, no en la del polvo y la infancia, no en la de siempre... no”.

“A las 11 de la mañana del otro día mi papá ya estaba muy ahogado y yo con una fiebre de 38. Entonces, mi hermana lo empezó a arreglar para que mi sobrina se lo llevara para la clínica, mientras yo estaba pegada al teléfono para que alguien de la EPS viniera a atendernos a nosotras”.

Como antes hacía ella, la última vez que vio a su papá fue ese día, con la piel pegada al marco de la puerta, los ojitos brillosos y la voz liviana de siempre. “Chao hija”...., “chao pa”, le dijo ella mientras seguía al teléfono con la conmutadora de fondo. “Dije en la línea que me esperaran un momento, para decirle: en el nombre de Dios, cuídate mucho. Y solo me hizo con la cabecita como que sí. Despegó el hombro del marco y se fue. Se llevó la casa, todas las casas del mundo con él, todos los marcos, todas las habitaciones, todas las alfombras, todo, ...se llevó la casa”.

Al tercer día lo entubaron, al sexto se murió. Solo.

Después de eso, Katherine y yo hablamos un rato más de otras cosas y de esas mismas. Cuando dejé de grabar la conversación, prendió la cámara de nuevo y me dijo muy despacio: “eso es lo que recuerdo..., lo demás se me ha ido olvidando. Tengo baches, nubarrones que se me posan de repente y que luego se van, tengo espacios de confusión. Todos estuvimos tan enfermos en la casa que no podría decir cómo pasaron exactamente las cosas. Y, mucho menos, ahora que mi papá se murió. Nosotras decidimos no volver a hablar del tema. En estos días, sobre todo, estaba teniendo muchas ganas de conversar..., no sé...”

Ya a poco de colgar, le pregunto si cambiaría algo de esa despedida, si ahora que los meses han pasado se ha imaginado otras conversaciones, otras formas de decirle adiós. Ella, tajante, sabiendo a lo que se dirige la pregunta, me dice: “Yo creo que sí cambiaría, esta y mil veces, ese momento de la despedida, por un momento, tal vez, más romantizado. Pero sé que la muerte no es así, siempre nos los arrancan en los momentos más inoportunos y nunca, nunca, alcanzamos a decir todo lo que quisiéramos decir. Sí, la gente dice cosas, como: vive este día como si fuera el último, vive al máximo y bla, bla, bla, ¿pero es así?, ¿somos capaces de vivir todos los días como si fueran los últimos?⁸ y, además, ¿acaso el último no es igual

⁸ De hecho parece que no. Un estudio liderado por el profesor Yair DorZiderman encontró que nuestro cerebro nos protege constantemente (aunque a veces falle) de pensar en la propia muerte y en la muerte de las personas que queremos. Cuando se

al más cotidiano de los días? Incluso con mi papá estando tan enfermo, ahí, parado, mirándome desde el marco de la puerta, el teléfono, la propia enfermedad, la angustia, la premura de todos esos días de asfixia siguió siendo la misma. Y en esa vida que se nos viene encima también las despedidas. Siempre nos quedamos ahí, con cosas por decir, nos quedamos con las palabras”.

“Nos quedamos con las palabras”, me dice, “nos quedamos incluso cuando todo está planeado”. Su papá pensaba todo el tiempo en la muerte, así lo hizo por décadas. Hablaba de ella, tenía seguros y su funeral pago, todo. Tenía cáncer, quizá era por eso, cree Katherine, o simplemente por su carácter casi taciturno y liviano. “Para él pensar en la muerte era pensar en la vida”. Y ni él, al que la muerte no lo cogió por sorpresa, para la que supuestamente estaba preparado, tuvo la oportunidad de reposarla, de incorporarla, de despedirse y mirarla de frente, porque ¿quién tiene palabras para la muerte?, ¿a quién le alcanza la vida para prepararse? Siempre nos quedamos con algo...

Pero me dice Katherine: “Todavía sabiendo esa realidad, claro que en mi imaginación cambiaría y cambio todos los días esa despedida. Juego con ella, la vuelvo a hacer, la vuelvo a decir. En mi mente cuelgo el teléfono y lo abrazo. En otros casos, me invento que le pregunto cómo se siente. En otros, le digo que se quede un poco más. En unos más, le doy la Ivermectina y sueño con que nunca empeoró. En otros, me quedo en la puerta con él... He recreado esa despedida muchas veces. Y en ella le diría a mi papá que lo amé, que lo amé muchísimo, que gracias por su ejemplo, y que todavía lo pienso todo el tiempo, incluso en las cosas pequeñas, como armando la cama, por ejemplo”, y se ríe, como no la había visto hacer en mucho rato. “Mi papá siempre me decía que los tornillos se desatornillan con las manecillas del reloj, y todavía me encuentro a veces discutiendo con él, haciéndole saber que no entiendo cómo desatornillar la cama y cómo es el cuento de las manecillas... Le hablo todo el tiempo. No porque crea que está ahí, sino, precisamente, porque sé que no está”.

le pidió a un grupo de personas que relacionaran imágenes de extraños con palabras como “funeral”, “entierro”, “muerte”, etc., lo hicieron sin problema. En cambio, tuvieron bastantes dificultades para relacionar su propio rostro con estos conceptos. Dice DorZiderman: “our brain’s defences against thoughts of death were balanced out by the reality of death around us”. Ahora, dice él, “society is more death-phobic, with sick people confined to hospitals and elderly people to care homes. (...) People know far less about the end of life and perhaps come to fear it more” (snp). El estudio completo estará publicado en la revista científica *NeuroImage* el próximo mes. Por ahora, se pueden encontrar los hallazgos preliminares en: <https://www.theguardian.com/science/2019/oct/19/doubting-death-how-our-brains-shield-us-from-mortal-truth>



“Le hablo porque creo que así puedo fijar recuerdos con él que realmente no tuve. Le hablo porque quisiera recordarlo como nos lo contó uno de sus amigos más cercanos hace poco, quien nos narró tantas historias de mi papá, que nos hizo reír, llorar, todo en muy poco tiempo. Terminó casi reviviéndolo. Fue muy bonito, porque así me di cuenta de que él era mucho más de lo que nosotras recordábamos. Es como armar un personaje y es como si ese personaje tuviera mil voces, mil caras, mil formas. Y eso es precioso, me habría encantado grabar eso, plasmarlo de alguna manera para ir llenando a mi papá a pedacitos. Ahora, cuando lo veo parado en la puerta, lo recuerdo como su amigo me lo contó”.

“Quién sabe cómo será después...”.

Y me resuena por última vez Bachelard, sin decir nada más; “¿es posible, más allá todavía, restituir no solamente el timbre de las voces, la inflexión de las voces queridas que se han callado, sino también la resonancia de todos los cuartos de la casa sonora?” (2000, s/p). Y en medio de esa habitación en la casa de la infancia, de las grietas y del polvo, veo a Katherine languidecer y abandonarme para siempre. Eso tuvimos las dos. Ya fue. Ya se dijo. Y sé entonces que no: la casa ya no suena, el marco ya no existe, el ambiente enrarecido se pegó a las paredes y no hay palabras para la ida definitiva. Katherine ya no está ahí, nunca estuvo. La casa, el recuerdo de la casa.

La piel en el marco de la puerta, en la habitación de carritos, en la mirada, en la cobija, en el tapete. La piel tomada por la casa. La piel que le heredó, que le dejó, la de él tan vieja, la de ella tan joven. La nada: la casa abandonada por la piel.

Más lejos, en un lugar sin tiempo, ¿podrá el paseante rescatar al cuerpo de esta fosa, y recobrarle la infancia?

...Ahh, no sé, espero que también a mí me sobreviva... y que no esté muerta ya la letra. Todo.

Referencias

- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Gaite, C. (2015). *El libro de la fiebre*. Madrid, España: Siruela.
- Giorgi, G. (2009). “Después de la salud, la escritura del virus”. *Universidad de Nueva York*, pp. 13-34.
- Ma, L (2018). *Severance*. Nueva York, Estados Unidos: Farrar, Straus and Giroux.



- Sarlo, B. (2012). *Tiempo pasado: Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Una discusión. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- Stephen, J. (2012). *On Being Ill: with Notes from Sick Rooms*. Middletown, Estados Unidos: Wesleyan University Press.
- Vásquez, A. (2010) "William Burroughs: Literatura ectoplasmoide y mutaciones antropológicas. Del virus del lenguaje a la psicotopografía del texto". *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, snp.
- Vilariño, I. (2016). *Poesía completa*. Madrid, España: Lumen.
- Williams, C. (1995). *Paterson*. Cambridge, Estados Unidos: New Directions Publishing Corporation.
- Woolf, V. (2012). *On Being Ill: with Notes from Sick Rooms*. Middletown, Estados Unidos: Wesleyan University Press.
- Yiwu, L. (2012). *El paseante de cadáveres*. Madrid, España: Sexto Piso.